

lidades y sus tópicos amablemente vistos.

Entre las respuestas a la entrevista, asoman algunas interesantes consideraciones sobre el «buenismo» y la literatura «católica» muy dignas de ser apuntadas como lección de crítica literaria. Hay ingenio y agudeza en Tamaro. Y hay también —esperemos que dure— proyecto cristiano.

Juan Luis Lorda

HISTORIA

Antonio CASTELLANO, *La exégesis de Orígenes y de Heracleón a los testimonios del Bautista*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago 1998, 209 pp., 17 x 24, ISBN 0069-3596.

Por la relativa abundancia de fragmentos existentes, tanto del campo de la ortodoxia como de la heterodoxia, el siglo III se presta a intentos de «reconstrucción». Es bien conocido (y debatido) el intento de Koetschau a principios de siglo de «recuperar» el texto original del *De Principiis* de Orígenes, aprovechando las alusiones jerónimas y las condenas constantinopolitanas. En tiempos recientes J. Rius Camps ha hecho su propio intento de reconstrucción de la misma obra (cfr. *Tractat dels principis*, Alpha, Barcelona, 1999).

La presente obra, que corresponde a la tesis de doctorado que el autor, sacerdote chileno, realizó en la Pontificia Universidad Salesiana de Roma, pretende reconstruir la exégesis de Heracleón a los testimonios del Bautista sobre Jesús (tal como figuran en el cuarto evangelio), y confrontar esa exégesis con la de Orígenes. Esto es factible, ya que se conservan fragmentos

heracleonianos referentes al Bautista, alusiones a posturas heracleonianas por parte de otros autores, y la réplica origeniana a esa exégesis, en el Libro VI de su *Comentario a Juan*. Con un análisis literario se pretende, pues, confrontar las exégesis que hacen dos representantes de líneas opuestas, uno de corte gnóstico (valentiano) y otro de corte antigóstico. (De paso intenta comprobar si las tesis de Le Boulluec, acerca del procedimiento de los heresiólogos de la antigüedad, se verifican en el proceder origeniano).

Las conclusiones principales de la investigación pueden resumirse así:

(1) Tanto Heracleón como Orígenes emplean un tipo de exégesis de doble nivel: literal y alegórico. Ambos manejan bien sus conocimientos filológicos, para realizar el análisis de los textos bíblicos. A pesar de ello, llegan a conclusiones divergentes. (Esto se nota más en Heracleón, marcadamente influido por sus posturas previas).

(2) Heracleón utiliza los diversos testimonios de Juan el Bautista sobre Jesús para apoyar la doctrina valentiniana, con rasgos de dualismo y de desprecio de lo humano-material. Sin embargo, algunas de sus intuiciones revisten interés: el concepto de exégesis, como investigación de la relación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento; o la jerarquización Palabra-Voz (Juan Bautista)-eco (profetas del Antiguo Testamento), que condensa la historia *in crescendo* de la revelación de Dios a los hombres.

(3) Por su parte, las exposiciones de Orígenes muestran un conocimiento bastante exacto de las posturas de Heracleón, e incluso en algunos momentos aprecio por sus intuiciones. En la réplica, Orígenes no intenta debatir expresamente las temáticas doctrinales

valentinianas. Se ciñe más bien a la letra de la escritura, para mostrar que Heracléon utiliza las reglas filológicas y hermenéuticas de su tiempo, de forma deficiente. Es esto, sostiene Castellano, un punto original en Orígenes, que desborda la descripción heresiológica que propone Le Boulluec. La refutación origeniana es más estrictamente «exegética», es decir, se sitúa en el terreno básico de las palabras de la Escritura y su significado, como mejor respuesta a una postura heterodoxa que pretende basarse en la Biblia.

Así pues, aunque el autor deliberadamente acota su campo de investigación a una sección del comentario origeniano a Juan, su trabajo permite vislumbrar cuestiones interesantes acerca del modo de proceder de los antiguos cristianos, frente a posturas heterodoxas.

José Alviar

DIADOCO DE FOTICE, *Obras Completas*, Ciudad Nueva, Madrid 1999, 200 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 84-89651-64-7.

Los datos que poseemos sobre este autor son más bien escasos. Su fecha de nacimiento se presume que fue hacia el 400 y su fallecimiento antes del 486. Fue obispo de Fotice, en el antiguo Epiro, ciudad desaparecida que, según estudios recientes, parece situada en Limboni al noroeste de la Grecia actual. Al no constar entre los asistentes al concilio de Calcedonia, es muy posible que fuera ordenado obispo después del 451 y antes del 457, donde aparece escribiendo junto con los otros obispos de Epiro al emperador León I.

De este Padre se conservan solamente cuatro obras: *Sermón sobre la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo*,

cuya doctrina es un reflejo de la teología calcedoniana, y se centra en la afirmación de las dos naturalezas completas de Cristo. *La Visión de San Diadoco*, es una colección de aporías, en forma de preguntas y respuestas donde se interroga a S. Juan Bautista sobre la visión de Dios y sobre la vida mística. Se distingue claramente en esta obra el conocimiento que podemos tener de Dios en esta vida y la visión que tienen los ángeles y los bienaventurados en el cielo. *Catequesis*, también en forma de preguntas y respuestas sobre la relación de Dios con el mundo, el conocimiento angélico y la salvación por medio de las obras buenas. Finalmente su obra principal, *Cien capítulos sobre la perfección espiritual*, consta de un título, diez definiciones, una suscripción y, sobre todo, cien capítulos. Forma parte, por tanto del género de las *centurias* —género monástico utilizado en la literatura patrística y bizantina—, cuyo número cien expresa no sólo la intención de evitar interpolaciones, sino sobre todo una mística del número, viendo en él la perfección. Esta obra consta de cien sentencias sapienciales breves destinadas a ser aprendidas de memoria por los monjes. Sin embargo, en este caso, no se puede hablar plenamente de una *centuria* debido a que las sentencias de Diadoco van creciendo de extensión hacia el fin, constituyendo un verdadero tratado.

Llama la atención el que Diadoco en todos estos escritos cuida hasta el extremo la precisión terminológica, utilizando siempre el término exacto para expresar su pensamiento. Por ello resulta difícil de traducir. Por un lado por la concisión de las formulaciones y la exactitud de la terminología, y por otro por la extensión de los períodos. De aquí, que las obras de Diadoco deben ser leídas con detenimiento sope-